



Una educación que ponga corazón al pensamiento

■ Al mundo le hizo falta introducir en su currículo una educación para la paz.

Óscar Arias, Presidente de la República

La educación debe transformar radicalmente el mundo, o no vale la pena. Debe ser el motor de cambio por excelencia, o ha fallado en su misión histórica. No basta con decir “educamos”. Hay que preguntarse, “¿para qué?”. Hay que preguntarse cuál es el tipo de sociedad que estamos construyendo a partir de las artes y las ciencias.

Parece ser obvio que estamos educando para construir sociedades más prósperas. El siglo XX fue, sin duda, el más prolífico multiplicador de riqueza que haya conocido nuestra historia. Cientos de millones de personas emergieron de la pobreza en las últimas décadas. Por primera vez desde que existe memoria, más de la mitad de la población mundial pertenece hoy a la clase media. Materialmente, nunca hemos estado mejor. Pero es evidente que ese desarrollo material, aunque indispensable, se ha quedado corto.

El mismo siglo XX, caudal de fortunas y de oportunidades, fue también vidriera inmensa de una *barbarie* sin precedentes. ¿Cuál fue el papel de la educación en todo esto? ¿De qué manera la academia contuvo el declive del espíritu humano? ¿Fueron acaso analfabetas los gestores del peor genocidio jamás registrado? ¿Fue acaso la ignorancia de los textos, de los códigos, de los pensamientos de los sabios, la culpable de las guerras civiles en que se aniquiló a millones de hermanos? Es claro que al mundo le hizo falta introducir en su currículo educación para la paz, para la libertad y para la democracia.

Educar para la paz . Sé bien que toda universidad alberga reservas en torno a mezclar las cuestiones académicas con las morales. Es cierto que pretender darle una orientación ética a la educación puede ser, con demasiada facilidad, una trampa para el adoctrinamiento en determinado credo o ideología. Y ese es un riesgo siempre presente en la enseñanza: el riesgo de pretender pasar, como visión de mundo, lo que no es más que la opinión de unos cuantos, o incluso de la mayoría.

Pero el relativismo axiológico no puede ser llevado al extremo de que nos vuelva sordos ante el clamor de las víctimas de Iraq y de Afganistán, de Colombia y de Sudán, de Somalia y de Myanmar. No puede ser llevado al extremo de que poco o nada nos importe que la gran mayoría de las muertes de guerra en la actualidad, las sufran los civiles inocentes y no los ejércitos que deciden pelear. No puede ser llevado al extremo de que nos resulte un hecho curioso de la ciencia moderna, que existan 23.000 ojivas nucleares aguardando un descuido o una locura en los bodegones de las potencias militares. No puede ser llevado al extremo de que nos dé lo mismo que haya en el mundo más de 640 millones de armas pequeñas y livianas, tres cuartas partes en manos



de civiles, y que esas armas fluyan libres a través de las fronteras. No puede ser llevado al extremo de hacer depender de una ideología el valor de la vida humana.

Educar para la paz y con la paz, quiere decir reconocer todas estas cosas. Y quiere decir, además, construir en las aulas el mundo que queremos ver fuera de ellas. Muy a menudo, hay un afán competitivo y violento en nuestras escuelas. Se les enseñan a nuestros estudiantes valores patrióticos que rayan en la xenofobia, y hay un énfasis continuo en retratar al “otro” como el adversario por vencer. Se les educa en un mundo dividido por fronteras y nacionalidades, cuyo avance histórico solo se mide en triunfos bélicos y campañas militares. Esto es preocupante porque si hacemos de la paz una asignación extracurricular, acabará por ser una actitud extracurricular, una rareza de los bohemios y los soñadores, y no la misión de los académicos y los doctores.

Para educarse en la paz, nuestros jóvenes necesitan desarrollar empatía con quien vive en circunstancias diversas. Necesitan hablar y pensar en idiomas extranjeros. Necesitan viajar, aunque sea a un barrio más pobre o a una aldea cercana pero diferente. Necesitan tener una idea de cuán interconectado está el destino de los seres humanos, porque solo entonces entenderán que la seguridad de uno está en el respeto de todos.

Educar para la libertad. Nuestros jóvenes también necesitan comprender el valor de su libertad. Deben entender cuán inmensa es su capacidad para transformar el curso de las cosas. Deben aceptar, aunque les cueste, que son responsables por el ejercicio de cualquier derecho o prerrogativa que les haya sido concedida, y que en el ejercicio de esa libertad, pueden cambiar el mundo para bien o para mal.

Encontrar un equilibrio entre educación y libertad es, quizás, uno de los más antiguos dilemas de la enseñanza. Es la tensión entre el adiestramiento y la ilustración; entre la memoria y la imaginación, que se mueve como un péndulo en las diversas etapas de la historia pedagógica. Los regímenes totalitarios han sido siempre excelentes adiestradores, pero nunca han educado para la libertad, porque el autoritarismo tiende a la permanencia y la libertad es sinónimo de cambio.

Y cambio es lo que necesitamos. Un mundo mejor no está escondido en los archivos, no vendrá del acervo de costumbres que en el pasado nos han llevado, una y otra vez, al borde del abismo. Un mundo mejor vendrá de la imaginación. Vendrá del germen sempervirente del ingenio humano. Hay que confiar en ese germen. Hay que poner en él toda la esperanza que hemos rescatado de las fauces de la frustración. Hay que creer que el futuro es nuestra más conmovedora oportunidad y que depende, enteramente, de la libertad que les demos a nuestros pueblos, y a nuestros estudiantes, para encontrar nuevas maneras de rectificar el rumbo.

Educar para la democracia. No se puede educar para la paz y para la libertad, sin educar para la democracia. Y, sin embargo, apenas dos décadas después de que América Latina despertó de su larga pesadilla militar, la región da muestras de una preocupante abulia política. ¿Cuántas horas habrán dedicado nuestros profesores de colegio y



VNIVERSIDAD
D SALAMANCA

GABINETE DE COMUNICACIÓN Y PROTOCOLO

Patio de Escuelas, nº 1, 37008 - Salamanca
Tel.: 923 29 44 12 - Fax: 923 29 44 94
e-mail: gabinete@usal.es - web: <http://www.usal.es/gabinete>

universidad a comentar los acontecimientos del 28 de junio en Tegucigalpa? ¿Cuántos, en su demencial carrera por acabar el programa del curso, se empeñaron en motivar en sus estudiantes un análisis crítico de las circunstancias? ¿Cuántos habrán expresado preocupación ante las compras de armas que este año impulsarán a los Gobiernos latinoamericanos a gastar, en sus ejércitos, casi 60.000 millones de dólares?

Si hemos de crear una verdadera consciencia política en nuestra sociedad, hay que empezar por aquí. Hay que empezar por enseñarles a nuestros jóvenes el valor de una institución electoral, la jerarquía de una Constitución Política, el respeto a una autoridad civil, la obligatoriedad de una resolución judicial, la importancia del desarrollo humano. Hay que empezar por enseñarles la compleja red de instituciones que hacen posible el ejercicio de garantías que dan por sentado. Hay que empezar por enseñarles la fragilidad del equilibrio en que se sostiene, a duras penas, el sistema político en que viven. Y hay que empezar por enseñar todo esto más allá de las escuelas de Derecho o Ciencias Políticas. ¿O es que en América Latina la democracia es una asignatura optativa?

La paz, la libertad, la democracia, son obras eternamente inconclusas, libros de tinta siempre fresca en los anales del tiempo. Si la educación no toma la pluma, perderemos aún más páginas en garabatos violentos, en el galimatías inescrutable de la guerra, del odio y del enfrentamiento, que ha llenado ya demasiados tomos en la historia de nuestros pueblos. Ese es el reto que, juntos, tenemos pendiente. Es el reto de una mayor educación, pero es, ante todo, el reto de una mejor educación. De una educación que ponga corazón al pensamiento.

